

RODOLF SIRERA

El veneno del teatro

Diálogo entre un aristócrata
y un comediante

Versión en castellano de José María Rodríguez Méndez

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

RODOLF SIRERA

El veneno del teatro. Diálogo entre un aristócrata y un comediante **Trío**

Primera edición, 2013

© De *El veneno del teatro*: Rodolf Sirera

© De la versión en castellano: José María Rodríguez Méndez

© De *Trío*: Rodolf Sirera. (Traducción al castellano de Rebeca Valls y Nacho Diago)

© Del prólogo: Juan V. Martínez Luciano

© Para esta edición: Fundación Autor, 2013

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Hijes. Maquetación: Equipo Nagual, S.L. Corrección: Marisa Barreno. Logotipo de la colección: Francisco Nieva. Imprime: Navagraf, S.A.

Edita: Fundación Autor

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionautor.org
www.fundacionautor.org

El veneno del teatro

*Estrenada, en su versión original catalana (El verí del teatre),
el 4 de octubre de 1978 en el programa Lletres Catalanes de RTVE,
bajo la dirección de Mercè Vilaret, con Carles Velat y Ovidi Montllor
en los papeles protagonistas.*

*Adaptada al castellano por José María Rodríguez Méndez, subió a las tablas
del Teatro María Guerrero de Madrid, el día 10 de noviembre de 1983,
bajo la dirección de Emilio Hernández, y fue interpretada
por José María Rodero y Manuel Galiana.*

*El 15 de febrero de 2006 se repuso la versión original en la sala Joan Brossa
de Barcelona. Agathe Alexis dirigió a Muntsa Alcañiz y Manuel Dueso. Por
este montaje, el autor de la obra, Rodolf Sirera, recibió el premio Max 2007
al mejor texto teatral en catalán o valenciano.*

*Al cierre de la presente edición, Los Teatros del Canal de Madrid habían
acogido la más reciente reposición del montaje en castellano, el 29 de noviembre
de 2012. Director: Mario Gas. Intérpretes: Miguel Ángel Solá y Daniel Freire.*

PERSONAJES

GABRIEL DE BEAUMONT, comediante
EL SEÑOR MARQUÉS DE...

Los personajes de esta historia son totalmente imaginarios.
La fecha y el lugar en los que se desarrolla la obra acentúan
su imposible identificación.

“¿Qué habría que hacer para dejar satisfechos a tan exigentes jueces? (...) Únicamente alejarnos de las cosas naturales, para dejarnos caer en los brazos de las extraordinarias...”

Jean Racine, prefacio de *Britannicus*

A Joan Brossa

París, 1784. Salón recibimiento en un palacio rococó. Muebles según el gusto y estilo de la época. Una parte del foro forma chaflán y está enmarcada por una especie de gran arco practicable cubierto por cortinajes. El resto del foro muestra un gran ventanal enrejado a través de cuyas vidrieras se observa el progreso inexorable del crepúsculo. A derecha e izquierda, dos puertas cerradas. Sentado en una butaca, Gabriel de Beaumont espera ser recibido por el señor Marqués de... Un Criado, de andares inseguros, va encendiendo con gran parsimonia los candelabros.

GABRIEL. — *(Habla con voz poderosa luego de una larga pausa)* El señor Marqués ha debido, probablemente, de olvidarse de mi presencia. *(El criado no contesta. Silencio. Gabriel insiste en tono indiferente)* ¿Le has recordado, por favor, que estoy esperando a que me reciba *(Pausa breve)* hace ya casi una hora? *(Ante el mutismo del otro se finge ofendido)* Además, no es que sea yo particularmente el interesado en esta entrevista. El señor Marqués, él mismo *(Se detiene inseguro. Con nuevos ánimos)*, sí, el propio Marqués fue el que me citó. ¿No lo sabías? Ayer, en el entreacto de la función, me envió un mensaje: “Descaría hablar unos minutos con el señor Gabriel de Beaumont, comediante”. Sin embargo, amigo mío, un actor de mi fama está siempre ocupado. Hoy tenía que leer varias obras... *(Se oyen las seis campanadas de un lejano reloj. Gabriel se siente cada vez más molesto)* Bueno, ya está bien. Me estás poniendo... nervioso. Pareces un fantasma, con tanto ir y venir de acá para allá. ¿Es que crees que va a importarme mucho si enciendes veinte o cuarenta candelabros? Te puedes ahorrar ese trabajo por mí. Me marchó. *(Se levanta)* Evidentemente, esto es una broma. Lo veo bien claro, el señor Marqués no me va a recibir hoy y yo tengo aún mucho que hacer...

CRIADO.— *(En tono neutro y sin dejar su trabajo)* El señor Marqués os ruega que le perdonéis. Estará con vos dentro de un momento.

GABRIEL.— *(Sarcástico)* ¡Vaya por Dios! Resulta que tienes lengua. Había llegado a pensar, por un momento, que no eras un ser humano, sino una estatua móvil.

CRIADO.— El señor Marqués desea que vuestra estancia en su casa os resulte placentera y que no os disguste.

GABRIEL.— *(Dudoso)* No es que me disguste... especialmente. Esta cámara resulta acogedora, pero...

CRIADO.— Con el permiso vuestro... *(Prepara una mesita baja con servicio de bebidas y copas, que saca de detrás de una de las puertas laterales y resulta ser la de un armario empotrado)* El señor Marqués me encarga que os diga que podéis disponer de todo como os venga en gana...

GABRIEL.— No me apetece nada, muchas gracias.

CRIADO.— *(Como si no hubiera oído nada)* Particularmente, yo me atrevería a aconsejaros este vino de Chipre... Se trata de un licor apreciadísimo y de un sabor exótico *(Y le sirve una copa que Gabriel se ve obligado a tomar)*

GABRIEL.— Está bien, está bien. *(Se la traga de un golpe con deseo de acabar la conversación. No puede impedir un gesto de desagrado)* Pero deberías decirle a tu amo que me sentiría aún más honrado si pudiera contar enseguida con su presencia. ¿Me has comprendido?

CRIADO.— Se lo comunicaré al señor Marqués. *(Y sigue sin moverse)*

GABRIEL.— Pero si te quedas ahí como un pasmarote no sé cómo vas a transmitirle mis palabras. *(Molesto de nuevo)* Por favor. Haz lo que ordeno.

CRIADO.— (*Le sirve otra copa*) El señor Marqués no necesita de mí para saber todo lo que pasa en el interior de este palacio. (*Pausa corta*) ¿Me aceptaríais, tal vez, otra copa de este vino, señor?

GABRIEL.— (*Secamente*) Es un vino demasiado dulce para mi gusto.

CRIADO.— (*Impersonal*) Sin embargo, el señor Marqués es muy aficionado a él...

GABRIEL.— (*Cediendo al fin y tomando la copa*) Muy bien. Pero si te crees que con esta especie de delicadezas vas a apaciguarme... (*Bebe de un trago y vuelve a dejar la copa sobre la mesita*) Ya está bebida. ¿Y ahora qué? (*Acentuando su dureza*) ¿Qué es lo que queréis más de mí todos vosotros? ¿Por qué no cumpléis con tu deber?

CRIADO.— (*Humilde*) Señor...

GABRIEL.— Es que no me has quitado los ojos de encima desde que entré en esta cámara. ¿Te envía el señor Marqués para espiarme?

CRIADO.— (*Escandalizado*) ¡Oh!, no, señor (*Transición*) Sólo que... (*Como dudoso*) En el escenario parecéis más alto.

GABRIEL.— (*Sorprendido*) ¡Ah, vaya...! (*Infatuándose inconscientemente*) Muy sencillo: en el escenario, el espectador no tiene más punto de referencia que el que nosotros queremos ofrecerle...

CRIADO.— (*Suavemente*) Y vuestra voz...

GABRIEL.— (*Divertido, pese a todo*) Resulta más vibrante y más sólida... ¿No es eso? (*Didáctico*) Es lógico: al hablar aquí contigo no tengo por qué preocuparme en colocarla. No existen problemas de distancia, ni de sonoridad...

CRIADO.— (*Forzando su interés*) ¿Queréis decir que, cuando actuáis, no sois en el escenario exactamente el mismo que en la realidad?

GABRIEL.— (*Que ha ido entregándose definitivamente a la conversación*) Naturalmente que no. Otra cosa sería imposible. De ser así, nadie iba a escucharme correctamente, y tampoco conseguiría transmitir a los otros los sentimientos del personaje.

CRIADO.— Me vais a perdonar la insistencia, pero es que todo lo que se relaciona con el teatro es algo que me apasiona. Habéis hablado de los sentimientos de los personajes. ¿Habéis querido decir eso, exactamente, o tal vez os referíais a vuestros propios sentimientos, que en vuestra actuación...?

GABRIEL.— (*Cortando*) No, no... Se trata de los sentimientos de los personajes en verdad, pero en cierto modo también son los míos. (*Vuelve a sentarse sin dejar de hablar*) Quiero decir que, cuando se actúa, llega un momento en que no puede distinguirse dónde empieza y acaba la ficción...

CRIADO.— (*Anhelante*) Entonces, ¿es necesario sentir sinceramente lo que se expresa sobre el escenario?

GABRIEL.— Tú lo has dicho: se expresa aquello que se siente.

CRIADO.— Pero, por el contrario, vos mismo acabáis de afirmar que es necesario recurrir a determinadas maneras de hablar, la correcta colocación de la voz... Eso resulta convencional. Y, además, ¿cómo participar sinceramente de los sentimientos de un personaje de Racine, pongamos por caso, cuando Racine, como todos los clásicos, se expresa en verso, de una forma que, según mi pobre entender, no es nada natural y mediante un vocabulario que, por otra parte, tampoco es un vocabulario de uso corriente?...

GABRIEL.— (*Divertido*) Me has salido filósofo como el señor Diderot. (*Ríe*) No, amigo mío, tales disquisiciones no se corresponden demasiado bien con tu categoría social.

CRIADO.— Perdonadme la osadía, señor, pero las categorías sociales no dejan de ser una convención, como tantas otras cosas...

GABRIEL.— ¡Ah, no!, eso sí que no es cierto. Tu Marqués, por ejemplo, detenta un poder. Goza de un poder efectivo y real. Ese poder —y tú debes saberlo, indudablemente mejor que yo mismo— no es que sea precisamente una convención social.

CRIADO.— Sí, pero se puede pasar de la miseria al poder, o del poder a la miseria. Los estatus sociales pueden ser invertidos.

GABRIEL.— (*Sorprendido*) Desde luego, tú debes de ser uno de esos que están suscritos a escondidas a la *Enciclopedia*. Jamás había oído a un criado expresarse con semejante vocabulario.

CRIADO.— No sé por qué os extraña, señor. Vos mismo habéis conseguido un puesto en la sociedad sin ser noble. Y lo habéis conseguido gracias a vuestro propio y exclusivo esfuerzo solamente, lo cual es bien admirable...

GABRIEL.— (*Con amargura*) Un puesto en la sociedad... (*Conteniendo un malestar repentino*)

CRIADO.— (*Solícito*) Señor...

GABRIEL.— Este vino no ha debido de caerme muy bien. No tendría que haberlo tomado. Siempre pasa lo mismo... (*Transición*) ¿Mi puesto en la sociedad, decías? Mi puesto en la sociedad se mantiene muy precario. Depende de mi arte y depende también de los gustos de una época... Y, de todas maneras, mi linaje y mi profesión se me ponen delante siempre como un muro de contención, como una guardia siempre vigilante, que me dicen: eres recibido por los reyes, te sientas a las mesas de los nobles, pero nunca podrás estar a su nivel. Siempre serás un cómico.

CRIADO.— (*Emocionado*) Un cómico. La profesión más despreciada y a la vez envidiada. Todo el mundo siente la necesidad de representar alguna vez. Quiero decir en la vida real, fuera del escenario. (*Luego de una corta pausa, como decidiéndose a hacerle una gran confesión*) Yo mismo...

GABRIEL.— (*Que no se ha dado cuenta de la excitación creciente del criado*) No me extraña. El trabajo de los criados lleva inexorablemente a la mentira. Ser criado significa también actuar, representar el propio papel.

CRIADO.— (*Cortándolo rápido*) No, no es eso lo que quería decir... En realidad se trata de algo más sencillo. Yo he actuado para vos, he hecho un personaje. Y vos, a pesar de vuestra experiencia, no habéis sido capaz de descubrirlo. O sea, que mi actuación ha sido un éxito, y ello se ha debido fundamentalmente a que me he presentado ante vuestros ojos con la más completa y absoluta naturalidad...

GABRIEL.— (*Desorientado*) ¿Qué estás diciendo? No te entiendo.

CRIADO.— Sencillamente eso: yo no soy el criado del señor Marqués. (*Lentamente y sin mirarle*) Soy el señor Marqués, él mismo en persona.

GABRIEL.— (*Luego de una pausa. Inseguro, tratando de demostrar que no se ha creído la broma, que por otra parte le parece de dudoso gusto*) No seas ridículo. Eso es imposible.

CRIADO.— (*Sin dejar su tono humilde y discreto, mantenido desde el principio*) ¿Y por qué no? ¿Cuántas veces habéis visto al señor Marqués, o sea, a mí, en vuestra vida? Tres o cuatro..., cinco lo más, y siempre de lejos, con su peluca, sus trajes de gala. No... Mirad, es facilísimo; una discreta penumbra, un peinado diferente, una casa vulgar y, sobre todo, el modo de hablar, los gestos propios de un criado. Con eso es suficiente. (*Sonríe*) ¡Y yo, pobre de mí, que creía que no iba a poder aguantar esta ficción ni un solo momento ante un profesional como vos...! ¿Pero de veras no os disteis cuenta? Mi modo de conversar, las cosas que he dicho —y no la manera de decirlas, ¿entendéis?—, la... la profundidad de mis razonamientos, la temática... Todo eso debería haber atraído vuestra atención, todo eso me delataba... Pero no... Os habéis dejado convencer solo por la forma externa... Iba vestido de criado, luego no podía ser más que un criado. Pero el vestido siempre es un disfraz...

GABRIEL.— *(Cada vez más violento)* Con disfraz o sin él, no vas a poder engañarme, si es eso lo que pretendías. Conozco bien a los de tu clase... *(Con energía)* Llamaré a tu amo y tendremos los tres una explicación...

CRIADO.— *(Muy tranquilo y con voz suavísima)* Amigo mío, no hace falta prueba alguna... Sería mejor que confiarais en mi palabra...

GABRIEL.— *(Que se ha levantado y ha ido a tirar con fuerza del cordón de la campanilla de servicio mientras el criado seguía hablando)* Calla.

CRIADO.— *(Luego de una larga pausa)* ¿Veis? Nadie os contesta. ¿Todavía dudáis de lo que digo?

GABRIEL.— *(Volviendo a tocar tristemente la campanilla, cuyos ecos parecen perderse en las lejanas cámaras)* Me niego a aceptarlo. Si nadie me escucha, iré yo mismo en su busca.

Avanza hacia un lateral, pero con la excitación momentánea se equivoca de lado y abre la puerta que corresponde al armario del que anteriormente el criado sacara las bebidas. Enfurecido, vuelve a cerrarlo y cruza la cámara en dirección a la otra puerta.

CRIADO.— Eso es un armario ropero. *(Sonríe)* Y la otra puerta, la que da al vestíbulo, está cerrada con llave...

GABRIEL.— *(Al comprobarlo, se encara con el criado)* ¿Cerrada?...

CRIADO.— Por fuera. Esas son las órdenes que he dado a mi mayordomo.

GABRIEL.— *(Gritando)* ¿Cerrada por fuera? Tú has perdido el juicio. ¡Dame la llave! *(Avanza amenazador hacia el otro)* O me das la llave o te la quito a la fuerza. ¿Me has oído?

CRIADO.— Sí, sí..., pero ya no estáis tan seguro como hace un momento... Empezáis a dudar.

GABRIEL.— *(Violento)* ¡La llave!

CRIADO.— ¡Gabriel de Beaumont! *(El cambio en la voz del criado es tan violento que Gabriel se detiene sorprendido)* Si yo soy el que os he dicho que soy y vos osáis levantar la mano contra mi persona amenazándome... *(Es tan duro el tono de sus palabras que la frase, aunque inacabada, impone un largo e impresionante silencio en la cámara)*

GABRIEL.— *(Rehaciéndose, aunque sin la convicción de antes)* Yo no os amenazo. Me estáis reteniendo aquí contra mi voluntad.

CRIADO.— Desgraciadamente, no hay testimonio que lo demuestre. *(Luego de una corta pausa y suavizando la voz)* Pero no... no pretendo imponeros nada. Solo pido que me escuchéis. *(Cruzando la estancia en dirección a la puerta del armario empotrado)* Aún no estáis convencido. No me aceptáis como un marqués, porque no voy vestido de marqués. *(Mientras hablaba, ha abierto la puerta del armario y saca una peluca, con la que sustituye la que llevaba, y una casaca lujosa que cambia por la de criado)* Pues bien, me apresuro a satisfaceros. *(Una vez vestido, cierra el armario y se gira hacia Gabriel, que le contempla boquiabierto)* ¿Qué os parece?

GABRIEL.— *(Balbuceante)* Yo... no sé..., estoy desconcertado.

MARQUÉS*.— *(Se sienta y hace un gesto conciliador a Gabriel)* Sentaos, por favor, amigo Gabriel... *(Gabriel se sienta como un autómatas)* Quería hablar con vos, porque tengo que haceros una proposición referente a vuestro oficio... Por eso este juego inocente de los disfraces. Espero que me perdonéis, pero necesitaba probaros...

GABRIEL.— *(Luego de una pausa y con mucha inseguridad)* Señor Marqués... ¿Deberé llamaros así de ahora en adelante? Me perdonaréis a mí también, pues todavía tengo mis dudas. Eres tú, quiero decir, ¿sois realmente el Marqués? ¿O se trata tal vez de una nueva broma? Pero no..., soy un estúpido. Las pruebas que acabáis de

* A partir de este momento, denominaremos así al personaje.

darme parecen concluyentes. Sí, en efecto, sois el Marqués. Y yo debiera haberlo adivinado desde el principio... (*Las convenciones sociales se van imponiendo paulatinamente*) Verdaderamente, me habéis impresionado... Y temo ahora no haberme comportado con la debida conveniencia desde un principio. Pero tenéis que comprenderme, nunca podía llegar a sospechar que..., vamos, quiero decir... Si os he faltado en algo...

MARQUÉS.— (*Amablemente*) ¡Oh!, no... Cada cual actúa con los otros según lo que cree que son ellos y según el puesto que uno mismo cree ocupar —u ocupa realmente— dentro de la sociedad. ¿Estamos? Por eso, ahora que ya sabéis que yo soy el Marqués, abandonáis vuestro tono de suficiencia..., ese tono dominante, seguro, con que os dirigíais al criado. Ya no me habláis de tú, sino de vos. Ahora mismo, tal vez sin daros cuenta, comienza vuestra actuación.

GABRIEL.— (*Exagerando las protestas*) Señor... Insinuáis que... ¡Oh!, ¿cómo vais a dudar de mi sinceridad?

MARQUÉS.— Si no dudo, amigo mío. Simplemente señalo un hecho del que quizás ni vos mismo llegáis a tener conciencia. (*Pausa corta*) En la vida real, como intentaba deciros antes, actuamos..., todos, siempre. Esta actuación cotidiana es, por otra parte, totalmente necesaria para la supervivencia del *estatus social*. Incluso para nuestra supervivencia como individuos. ¡Ah!, si tomáramos al pie de la letra las teorías de *monsieur* Rousseau, este mundo sería un infierno. (*Habla con una cierta delectación morbosa*) *El buen salvaje*. (*Pausa. Sonríe*) No... El hombre en su estado natural no es precisamente bueno. Se manifiesta como un ser auténtico, eso sí, pero tal autenticidad, esa sinceridad, amigo Gabriel, nos mostraría lo que somos realmente. Y somos peores que las más terribles fieras de la selva. Os lo digo yo, que lo sé...

GABRIEL.— Sin embargo, señor Marqués, en este siglo nuestro, tan ilustrado, entre nuestros civilizados contemporáneos... se han dado casos de extrema crueldad..., de personas que, entregadas a sus más primarios instintos...

MARQUÉS.— Claro que sí... Pero cuando yo hablaba del infierno en la tierra no lo decía en tono de repulsa... moral, ni de piadosa condena. Constataba objetivamente un hecho por el que siento, además, una cierta admiración... digamos que estética.

GABRIEL.— *(Sorprendido)* Entonces, señor Marqués, no os comprendo. ¿Cómo la transgresión puede tener... belleza?

MARQUÉS.— ¡Oh!, vamos... *(Algo decepcionado)* ¿No lo creéis así vos también? Me sorprende... Realmente, cuando interpretáis personajes depravados o asesinos, ¿no sentís en el fondo de vuestra alma una cierta envidia? Quiero decir... que durante un tiempo abandonáis la piel de las convenciones sociales, de las normas establecidas... Dejáis de ser como es debido.

GABRIEL.— *(Con mucha seriedad)* Pero es ficción...

MARQUÉS.— *(Sonriendo de nuevo)* ¡Oh, sí!, ficción... Claro. Me había olvidado. *(Pausa larga, se levanta, va a un mueble, abre el cajón y saca un libro)* Os he llamado porque quiero que representéis una obra mía.

GABRIEL.— ¿Una obra? ¿Escribís, señor Marqués? *(Lo ha dicho muy sorprendido para resultar convincente y el Marqués le observa con curiosidad)*

MARQUÉS.— He hecho una prueba. *(Acercándose a él)* Gabriel, estoy muy interesado en que vos la estrenéis. Yo me haré cargo de todos los gastos. Si aceptáis, recibiréis una buena recompensa...

GABRIEL.— Es mi profesión. *(Pausa)* ¿Me permitís leerla?

MARQUÉS.— Sí, pero... *(Se detiene de pronto sin entregarle el libro)* He de advertiros antes que mi obra no se parece mucho a las que vos representáis. No puedo aseguraros un gran éxito.

GABRIEL.— No os comprendo. El autor que escribe una obra siempre espera un éxito.

MARQUÉS.— A mí no me preocupan demasiado las opiniones mundanas... (*Pausa*) No, amigo Gabriel. Mi obra es una investigación. En ella quiero comprobar —y al mismo tiempo demostrar— mis propias teorías. *Monsieur Diderot* dice, de modo absoluto, que el mejor actor es aquel que permanece lo más alejado posible de su personaje. El teatro es ficción, y como tal ficción la forma más adecuada de llevarla al espectador es justamente fingir de una manera cerebral. Por vuestra parte, vos os contradecís en este mismo punto. Dijisteis que la emoción os domina al representar, que vuestra personalidad se confunde con la del personaje, pero a la vez reconocéis que tal identificación no es completa, ya que son necesarias determinadas técnicas: colocación de la voz, movimientos, etcétera. Yo, por mi parte, quiero defender las posiciones contrarias: las mejores actuaciones serán aquellas en las que el actor ES el personaje, lo vive en toda su intensidad, hasta perder incluso la conciencia de su propia individualidad. El teatro no tiene que ser ficción, ni arte, ni técnica... El teatro tiene que ser sentimiento, emoción y, por encima de cualquier otra cosa, el placer de transgredir las normas establecidas... Hemos de poner en el escenario todas nuestras miserias, nuestras angustias, nuestros inconfesables deseos, nuestros temores, Gabriel, nuestra verdad... Todo aquello que no deseamos reconocer, ni aceptar en nuestra existencia cotidiana, eso es lo que a mí me interesa... Y quiero hombres como vos, amigo mío..., hombres valientes e imaginativos, que estén dispuestos a llevarlo a término.

Gabriel, vencido por un cansancio súbito, se ha quedado dormido. El Marqués, excitado progresivamente en su declamación, se da cuenta y se detiene. Muy suavemente y sin muestra alguna de reconversión, se acerca a Gabriel y le habla casi rozándole la oreja.

No me escucháis.

GABRIEL.— (*Se despierta agitado*) Señor...

MARQUÉS.— (*Con un extraño afecto que aumenta la turbación de Gabriel*) Os habíais dormido, Gabriel, y no me escuchabais...